

2.5 *El protagonista es el asesino*

En James M. Cain no se invierten los términos en el tratamiento del personaje principal. El asesino, perseguido por los detectives de Hammett y de Chandler, aparece en primer plano reclamando nuestra atención y, cómo no, atraído por el irresistible talante poético del protagonista. El desarraigado antihéroe, movido por ciegas e irresistibles pasiones nos cautiva y, autores como Albert Camus en *El extranjero*, reconoció las huellas que le había dejado la lectura de *El cartero siempre llama dos veces*. Al final de esta obra leemos: «El jurado deliberó sólo cinco minutos. Y el juez dijo que me consideraría igual que cualquier otro perro rabioso. Así que ahora estoy en capilla, escribiendo las últimas líneas de este relato, para que el padre McConnell pueda revisarlo y me diga los párrafos donde tal vez haya que arreglarlo un poco, por la puntuación y todo eso» (...) «Me estoy poniendo nervioso. He estado pensando mucho en Cora. ¿Sabrá ella que no fue culpa mía? Después de lo que nos dijimos mientras nadábamos en el mar tiene que saberlo. Pero eso es lo terrible, cuando uno juega con la muerte» (...) «En realidad, lo único que he querido en este mundo ha sido a ella. Ya es bastante. No creo que muchas mujeres consigan ni eso en la vida» (18). No creo necesario insistir en esta maravillosa combinación de lo poético y lo espeluznante del relato.

Aunque a veces se ha dicho que el autor que toma la perspectiva del asesino o antihéroe para narrarnos su relato tiene el inconveniente de presentarnos un personaje que se agota en una sola novela, mientras que los detectives de los autores apuntados más arriba se convierten en personajes «de serie», James M. Cain construirá una segunda novela donde también se adopta la perspectiva del antihéroe y en la cual el protagonista tiene atributos muy parecidos a los del personaje de *El cartero*... Se trata de *Pacto de sangre*. Pero, aunque la perspectiva de Cain sea distinta a la de los clásicos de la *novela negra*, el propósito que persigue es el mismo que persiguen Hammett, Chandler y MacDonald, es decir: reflejar sutilmente los conflictos de una sociedad donde el crimen no es más que una forma espectacular de violencia cotidiana. El protagonista de *Pacto de sangre* decide cometer un asesinato «después de la noche en que, junto a Lola, vi la salida de la luna sobre el océano (...) Estar con Lola era sentir una dulce placidez que se apoderaba de mi ser, como cuando paseábamos en el auto durante una hora sin decir palabra y luego ella levantaba los ojos para mirarme y todavía no teníamos nada de que hablar» (19).

Aparte de Cain, se dan otros autores que narran también desde la perspectiva del asesino: es por ejemplo el caso del inglés James

Hadley Chase que en su *Secuestro de Miss Blandish* (20) presenta el retrato de una pandilla de *gangster* americanos capitaneados por una mujer, que es capaz de lanzarlos hacia las acciones más feroces. Desde las primeras páginas se nos presenta un universo constituido por pandillas de asaltantes de bancos, policías que golpean salvajemente, secuestros, drogas, alcohol, sexo, y un detective privado con un modesto papel, ya que desde el principio se conoce el misterio y, por lo tanto, el misterio del enigma deviene un correr tras el único camino que conduce al final que, pura y simplemente, es la muerte. La muerte purificadora limpiará, en este caso, de personajes a la novela después de haberlos metido en un «desaforado baño de sangre» (21).

2.6 *El personaje en la novela policíaca española*

Es indudable que la nómina de autores estudiados es incompleta; sin embargo, pensamos que puede ser bastante significativa.

No podríamos referirnos al detective en la novela española sin antes mencionar dos grandes escritores en castellano que se han dedicado al menester de recopilar textos policíacos y de escribir alguna narración de esta índole. Nos referimos a Borges y Bioy Casares, concretamente a su selección de *Los mejores cuentos policiales* (22) que reúne catorce relatos de autores como Agatha Christie, G. K. Chesterton, Graham Green, William Faulkner, Manuel Peyrou, etc., e incluyen «Las doce figuras del mundo» del que son coautores Borges y Bioy Casares, bajo el seudónimo de «H. Bustos Domecq». Bajo este seudónimo escriben juntos algunos de los mejores relatos policiales del idioma: *Seis problemas para don Isidro Parodi* (1942), *Dos fantasías memorables* (1946) y, bajo el seudónimo de B. Suárez Lynch, *Un modelo para la muerte* (1946).

Con escasos antecedentes como Mario Lacruz, García Pavón, etc., Manuel Vázquez Montalbán introduce el tema policíaco en la narrativa española.

Vázquez Montalbán aplica unos atributos a su detective Carvalho, que, en cierto sentido, habían sido predicados del ciudadano medió español en *La penetración americana en España*. Y es que, quizá, el contenido ideológico subyacente en la narrativa de Vázquez Montalbán no es otro que un debate sobre el imperialismo moderno y que, según el propio autor, es, en realidad, el debate sobre la historia presente. El análisis que vea en sus novelas una simple variante de la novela policial o de la novela negra y que no profundice en las

obsesiones anti-imperialistas habrá olvidado uno de los soportes decisivos o de las fuerzas temáticas de la narrativa de Vázquez Montalbán.

El personaje Carvalho nace intelectualizado en *Yo maté a Kennedy*. Era un personaje enmarcado dentro del género de la política-ficción que el autor había ensayado en *Recordando a Dardé*. El mismo Vázquez Montalbán recordaría muy recientemente que «la tesis de la novela era que en la división de víctimas y verdugos, a los españoles nos tocaba asumir uno de los dos roles pero siempre en condiciones de supeditación. Carvalho era un verdugo promocional, un agente internacional al servicio de la CIA y del sistema capitalista, de hecho siendo una víctima por su condición de marginado de la historia, que es un poco la condición colectiva de todo un pueblo».

En uno de los capítulos de *Yo maté a Kennedy*, titulado «Epístola urbi et orbe», se habla de la alocución leída por el presidente Kennedy en el Día de Acción de Gracias de 1963, en la explanada central del Palacio de las Siete Galaxias, en presencia de un 60 por 100 de los cargos ejecutivos de la nación y de la totalidad del cuerpo diplomático:

«Señoras y señores:

En días como el de hoy es cuando más lógico resulta hincarse de rodillas, levantar la mirada confiada hacia la paz del cielo y decir: gracias. Gracias no tanto por los bienes recibidos como por las evidencias asumidas. Y la asunción de las evidencias es el mayor bien que puede recibir un pueblo. Y es evidente que la más preclara evidencia que podemos asumir nosotros, el pueblo norteamericano, es la de nuestro destino privilegiado al frente de la marcha histórica de la humanidad.» (23).

Más tarde, en *Tatuaje*, Carvalho toma cuerpo en su papel de detective. Un cadáver aparece en una playa barcelonesa y el señor Ramón le encarga descubrir su identidad. Entre los bajos fondos de Barcelona y los canales de Amsterdam, Carvalho no tarda en dar con una respuesta, que será el hilo conductor de un doloroso drama. Carvalho no se limita a comprobar la identidad del cadáver sino que analiza los móviles de la intriga, móviles que ya se enfrentan diametralmente a los intereses de su cliente, y con otros más generales. Pero Carvalho, que ha sido un agente de la CIA, no acepta ahora nuevas ofertas de reincorporación en Amsterdam, porque «es una aspiración latente en todo español establecerse por su cuenta». Las relaciones de dependencia descritas en las novelas policíacas de Vázquez Montalbán son evidentes. Como también es evidente que Carvalho es al español